

El que tenía cuidado que estas ceremonias se hiciesen y que hubiese buen orden en todo, era el que sucedía en el reino, lo cual él hacía como en señal de reconocimiento de que le había dejado tantos reinos y señoríos, y porque creía que si él lo hiciese bien, su sucesor haría lo mesmo con él cuando muriese.

Estas, pues, son las ceremonias que se guardaban en las obsequias y enterramientos de los Reyes de Mechuacan, que son harto diferentes de las que hemos escrito de los Reyes de México; yo creo que en el resto de las Indias ó Nueva España había poca más diferencia en las obsequias de los demás Reyes y señores; á lo menos yo no he hallado más, y por esto acabo aquí con este punto.

CAPITULO VIII

De las ceremonias que hacian los indios de la Vera Paz en los enterramientos de sus muertos. Con otras cosas dignas de ser sabidas.

Quando los caciques y señores de la Vera Paz caían enfermos, lo primero en que se entendía, era en juntar y llamar médicos.

Esto no sólo era entre aquellos señores común quando llegaban á lo extremo ó tenían alguna indisposición aguda ó peligrosa, mas á cualquier Ax (como acá solemos algunas veces decir), llamaban los médicos ó físicos.

Estos físicos reverenciaban tanto á sus señores que jamás se apartaban de sus presen-

cias, y así los curaban con suma diligencia.

Sus medicinas eran de yerbas y otros simples que ellos conocian y sabian.

Aplicadas las medicinas, luego venia un hechicero, ó nigromántico, ó agorero, que tenian cuenta con mirar las suertes, para ver qué sacrificios harian que fuesen más agradables á los dioses, para que diesen salud á su señor enfermo.

Entonces si mandaba el hechicero hágase esto ó lo otro, luego se habia de hacer.

Ofrecian algunas veces pájaros de tal color y tal naturaleza.

Otras veces sacrificaban animales, y tan ciegos los tenia el demonio, que mandaban sacrificar hombres y mujeres, y á veces vírgenes, y tal vez llegaba que habian de ser de las más principales, y en esto no habia réplica, porque ello se habia de hacer, y cuando la enfermedad era grande y la persona era de mucha autoridad, mandaban los hechiceros ó agoreros que sacrificasen por su salud á su propio hijo, y en esto tampoco habia réplica ni dificultad.

Algunas veces, ó las más eran los que morian los hijos de las esclavas, y cuando estos faltaban, sacrificaban á los legítimos y no perdonaban al único.

Pero cuando llegaban á sacrificar hombres, era después que las diligencias humanas no bastaban.

Hechas estas diligencias y otras, mandaban al enfermo que confesase todos sus pecados.

Lo que estos Indios confesaban comunmente era el pecado de la fornicación, ó adulterio, porque esto era lo más grave que ellos tenian, porque aquello era en perjuicio de partes, ó habia pecado con alguna mujer libre, porque si era su esclava no se tenia por grave pecado, porque la tenia á su uso y voluntad, como otra cualquiera cosa comprada, de manera que si se confesaban y decian seis pecados tengo, cuatro pecados tengo, ya se entendia que eran de la carne, también tenian por pecado quebrar algunas de sus cuaresmas, pero no confesaban el haber comido fuera de hora, ó más de lo que permitía el ayuno, mas lo que era pecado aquí, era porque habia dormido el casado con su mujer, y habia tenido cuenta con ella, ya que el enfermo llegaba á la muerte, si era persona principal, la primera cosa que le ponian después de muerte en la boca, era una piedra preciosa, otros decian que no se la ponian después que moría, sino al tiempo que quería espirar, porque para eso le ponian aquella piedra, que

era para que recibiese su ánima y en espirando luego le fregaban el rostro con ella livianamente, el ponerle aquella piedra á aquella coyuntura, y tomarle aquel postrer espíritu ó resuello era oficio de por sí, y muy principal, de manera que en el pueblo, el más noble lo había de hacer, y si era en casa de Rey, ó gran señor, el más privado; la piedra era guardada con gran cuidado de la mesma persona, por ello era tenido en gran reverencia de todos, y á la piedra, después solían á ciertos tiempos, ofrecerle sacrificios.

Muerto el señor de la tierra luego se despachaban mensajeros á todos los pueblos sujetos como lo hacian las demás provincias.

Y también se daba aviso á los otros señores que eran amigos encomendándoles que se hallasen al enterramiento, porque hasta tantos dias aguardarian.

El cuerpo en este espacio de tiempo que venían los señores y los vasallos que eran ya avisados, poníanlo en un lugar público asentado, porque así se enterraban en esta provincia los moradores della, y vestíanle vestiduras ricas y preciosas, las cuales cada uno según su estado iba allegando desde que comenzaba á envejecer, para mandar cuando muriese se las pusiesen acuestas y lo enterrasen con ellas,

Venido el día del entierro, todos aquellos señores traían joyas y otros dones, y un esclavo ó esclava por lo menos, y algunos traían lo uno y lo otro para sacrificar, todas estas joyas las ponian sobre el muerto, y después lo cubrian con muchas mantas y bien empañado lo metian en una caja grande de piedra ó de madera de manera que él cupiese estando asentado en cuclillas, que este era su común asentar.

Después hacian la sepultura en tierra muy honda y grande, y allí metian el ataúd ó caja, pero no era llevado á enterrar á los templos, como en las otras provincias, mas subíanlo á los cerros y altas cumbres de las sierras, y allí era su sepulcro para siempre.

En muriendo, luego mataban cuantos esclavos y esclavas tenía para su servicio, para que fuesen delante á aparejar posada para su amo, porque ya ellos creían que de lo mesmo que habian servido en el mundo habian de servir después en el otro.

Cuando enterraban estos esclavos, cabe ellos ponian los instrumentos con que habian servido á sus amos.

De manera que si era esclavo de labranza, allá había de ir la azada, arado y podadera, y así, por consiguiente, todos los demás,

Metidos los esclavos en la sepultura con su amo, si algo sobraba de vacío, hinchábanlo de tierra ó igualábanla.

Hecho esto levantaban un altar sobre ella de altor de un codo de cal y piedra, sobre el cual se quemaba de ordinario mucho incienso y ofrecían sacrificios.

La gente común que no tenía tanto caudal, para hacer aquellas cajas ó ataúdes, hacia una sepultura grande y ancha, y después al un lado hacían una cueva y metían el difunto y asentábanlo y después volvían á cerrar la sepultura, pero el cuerpo no quedaba cubierto de la tierra.

Estas ceremonias que he dicho que hacían con los difuntos poderosos, se guardaban con los demás del pueblo, porque lo que los señores hacían en honrar al difunto y asistir á sus honras, y en lo de traer joyas y esclavos con los demás, hacían esto los deudos y parientes del muerto, los cuales traían joyas, esclavos y mantas y todo lo necesario.

Los indios de Nicaragua también tenían sus ceremonias en los entierros de sus difuntos, en cuanto á la persona real como en lo del común pueblo.

Cuando el Rey enfermaba, luego hacía con-

sultar sus dioses, y para esto había sacerdotes y agoreros.

Si el diablo respondía que había de morir de aquella enfermedad, luego echaban la mitad de sus joyas en el río, y la otra mitad se llevaba él á la sepultura cuando moría.

Hacíanse grandes llantos en la muerte del Rey, llevábanlo á sepultar á los altos y en los cerros.

Muerto el Rey heredaba los estados el hermano, y no los hijos; pero si faltaba hermano, los sobrinos heredaban.

En otras provincias vecinas á Nicaragua, que debían estar sujetas al mismo Rey, añadían á las obsequias reales que el señor que enterraban no iba solo, porque metían con él sus propias mujeres, y á las otras criadas y personas que lo servían y porque allí no tuviesen hambre, henchían la sepultura de cosas de comer, y porque la sepultura por tiempo no se perdiese y no la hallasen, hacían una señal perpetua, y era que ponían una estaca de un árbol verde y curando de ella dentro de poco tiempo se hacía un gran árbol.

Cuando volvían estas gentes de enterrar al muerto, cortábanse los cabellos en señal de luto y tristeza.

Duraban los lloros y obsequias un mes entero, y al cabo dél, los vecinos del pueblo alzaban por señor al hijo del muerto, y con aquello se quitaba el luto.

En otras partes, así como en la provincia del Darien, hacían lo mesmo en los entierros de los señores; empero añadían una cosa y era: que todas las joyas y ornamentos preciosos los envolvían en unas que llamaban hamacas, que eran como camas, las cuales se colgaban en el aire entre dos árboles ó estacas, y allí dormían, y puestas en la cama ponían el cuerpo junto á ellas y las armas con que solía salir á las guerras; pero si era hombre común poníanle los instrumentos con que ganaba de comer. Para todos era común ponerles mantenimiento en la sepultura, para que comiesen teniendo hambre.

Vueltos á sus casas los que habían ido á enterrar el muerto, hacían grandes meneos y cantos proporcionados y acomodados á las muertes y muy representantes de tristeza, en aquellos cantares cantaban las buenas obras que había hecho el señor en guerra y paz.

Levantaban en señor al hijo mayor, dándole todo el pueblo toda la autoridad y poder que su padre tenía, y así se lo decían cuando le prometían de serle súbditos.

Duraban las obsequias por espacio de un año. Otros pueblos, cuando el señor estaba á la muerte, llamaban á sus vasallos y en su presencia hacía que tomasen á su hijo por señor.

Después de muerto llorábanle mucho, y envolvíanlo en unas mantas de algodón y muy bien liado con ciertas sogas, poníanlo en ciertas parrillas hechas de madera y poníanle fuego por debajo mansamente, porque así poco á poco se fuese consumiendo todo lo que había de húmedo en el cuerpo, y así quedase enjuta la carne.

Mientras que estaban quemando el cuerpo, desta manera cantaban endechas y dolorosos cantos que era el oficio que hacían por su alma.

Estos cantaban al revés de los otros, porque no cantaban las hazañas del muerto, mas las las miserias del mundo que quedaban para los vivos.

Consumido el cuerpo era llevado á la sepultura y con él iban ciertos esclavos que habían de morir para que lo sirviesen en aquella jornada; quemaban junto á la sepultura su arco y flechas y las demás armas de que usaba y todas las demás cosas que tenía para su particular servicio, lo cual hacían por no acordarse más del muerto.

Solfan muchos señores guardar á sus padres así secos y consumidos en salas y piezas ricas, espetados ó compuestos á manera de armados, y llenos de muchas joyas y riquezas, como las solían traer viviendo.

Y así cuando nuestros españoles pasaron en aquellas partes, un Vasco de Balboa, vió en los palacios de un gran señor llamado Pomogre, muchos cuerpos destos enjugados al fuego con ricos aderezos.

Esta manera de conservar los cuerpos era como lo que nosotros usamos, cuando los embalsamamos.

Los reyes y señores de la provincia de Paria, Cumaná y Chiribiti, después que eran muertos, tendíanlos sobre unas parrillas, hechas de cañas, que allá son gruesas y muy duras, y pegaban fuego con ciertas yerbas y consumíanles lo húmedo, como lo hacian las gentes que atrás queda dicho.

Estos cuerpos después eran colgados por los rincones de casa, y eran tenidos en tanta reverencia, que eran adorados por dioses, de la manera que los gentiles tenian sus Penates.

El pueblo común no hacia esto, mas hacian también dentro de casa sus hoyos y sepulturas y allí los enterraban con muchos lloros y llantos.

Pasado un año que el difunto fué enterrado, convidaban toda la parentela y vecindad, cada uno según tenía más ó menos posibilidad, y traía cada convidado la comida y bebida, según podía.

Estando ya juntos á prima noche (que esta era la hora en que se hacía lo que diremos) abrían la sepultura y sacaban los huesos, y viéndolos todos lloraban, y dando grandes voces, aunque no tuviesen gana dello, ponian los huesos en medio del patio ó aposento adonde habian de comer, y ponían las cabezas entre las piernas, y esta era una señal de gran tristeza entre ellos.

Después extendían los pies y alzaban las manos y ojos al cielo, y lloraban con grandes ahullidos, y cuanto más disformes y feos parecían, tanto más celebraban la fiesta con más solemnidad.

Después quemaban los huesos todos, salvo el casco de la cabeza, el cual daban por prenda de más amor á la mujer primera que tenía el difunto, y ella iba muy contenta con su joya, y luego comían lo que habian llevado, y hecho esto cada uno se volvía á su casa.

Tenia esta gente sobre todas las otras de las Indias, que las ánimas de los hombres son in-

mortales, y que después de muertos van ellas á vivir en ciertas montañas ó florestas y en cuevas, y que van á lugares adonde tienen para siempre de comer y de beber.

Los de la provincia del Cenu, tenían para sus entierros unos fosarios, como nosotros los usamos en los hospitales, y eran de esta manera:

Hacían un hoyo grande y cuadrado, y si era de señor ó persona de calidad, poníanle cierta madera por encima, y sobre ella tierra, de manera que la sepultura quedaba hueca, como un algibe ó silo, y en medio della ponían el cuerpo y alrededor dél las armas con que peleaba, y todas sus joyas de oro, y todas las demás cosas preciosas y estimadas.

Ponían así mesmo bastante mantenimiento y sus tinajas de aguas, y abriendo nuestra gente algunos sepulcros de estos, hallaron agua tan clara como si fuera de rosas, sacada por alambique; pero nadie osó beber della.

Otras gentes hacían sus sepulturas en las paredes, y allí ponían los cuerpos.

Otros, hacían sus sepulturas como promontorios y sierras de tierra y en el medio edificaban una bóveda donde el cuerpo cupiese con muchas mantas y alhajas de casa.

Enterraban juntamente con los maridos las mujeres que tenían más hermosas y algunos niños y todos vivos, pero antes que los metiesen allí, los embeodaban muy bien, porque no sintiesen aquel género de muerte, que es más cruel de todos.

En algunas partes, cuando morían los señores, las mujeres se trasquilaban los cabellos, y ellas muchas veces se mataban.

En cierta provincia llamada Tauya, cuando moría algún señor ponían el cuerpo en unas Amacas, que son camas hechas en el aire, y debajo hacían unos hoyos, y pegaban un fuego lento debajo, é íbase derritiendo aquella grasa del cuerpo y caía en aquellos hoyos, y cuando estaba medio seco el cuerpo, venían los parientes y amigos y lloraban al difunto, y después emborrachábanse muy bien y rezaban ciertas oraciones por la ánima del difunto.

Acabado esto, el cuerpo, medio quemado, envolvíanlo en muchas mantas de algodón y metíanlo en un ataúd y teníanlo así algunos años, después que veían que estaba bien seco lo enterraban en las sepulturas que les hacían en sus mismas casas.

En otras partes á los señores les hacían las sepulturas en cerros muy altos y allí les hacían

unas hondísimas hoyas ó cuevas y henchíanlas de muchas cosas de comer y grandes tinajas de vino, y á los pies enterraban aquellas mujeres que más lo quisieron.

En otras partes desollaban los muertos y henchíanlos de ceniza, y poníanlos derechos en unos tablados altos y arrimados, y hacíanles el rostro de cera y poníanles en las manos unos dardos ó lanzas y en pie, de manera que ponían pavor á los que los miraban.

Esto es cuanto á lo que toca á los Indios.

Y pues hemos guardado hasta agora este orden que primero se han contado las cosas de los indios de Nueva España, agora será bien, guardando el orden, toquemos algo de las gentes del Perú, y veamos qué ceremonias y qué cosas se hacían en este propósito acerca dellos.

CAPITULO IX

De la manera que se tenía en el Perú de sepultar los Reyes y grandes señores, y de la otra gente común.

Cuando alguno de los Reyes Ingas del Perú, caía enfermo y estaba peligroso, estaba ordenado por ley real dende Pachacuti (que fué el más valeroso Rey que hubo en todas aquellas gentes) que fuese metido en los aposentos más secretos y apartados de todo el palacio real, de manera que no fuese visto sino de sus mujeres, hijos y muy privados, y los médicos que lo curaban, empero estos postreros desde que caía enfermo hasta que se levantaba ó moría, no salían de su aposento, y guardábase tan gran